

EL POBLAMIENTO DE FUERTEVENTURA HASTA
EL SIGLO XVII

RAMÓN F. DÍAZ HERNÁNDEZ

1.— RASGOS GENERALES QUE CONDICIONAN A LAS DOS CENTURIAS EXAMINADAS

El comportamiento demográfico de Fuerteventura, como bien puede distinguirse en los cuadros 1 y 2, se caracteriza, a grandes rasgos, por mantener un ritmo tremendamente lento y por su potente discontinuidad. Tanto es así que la palabra *evolución* nos resulta excesivamente ancha en este caso particular. La referida discontinuidad se advierte no ya tan solo en los períodos cortos y medios, sino incluso entre un año y el siguiente. Hecho que confiere a Fuerteventura una peculiaridad difícilmente parangonable. Apreciamos, en efecto, una tendencia demográfica marcadamente sinuosa e irregular, en donde al lado de amplios paréntesis de estancamiento, cuando no de auténticos retrocesos, aparecen intervalos temporales de tendencia opuesta. Es decir, favorables a momentáneas expansiones poblacionales¹.

Los altibajos a los que se hace alusión expresa, como casi todos los que resultan propios de sociedades atrasadas de base agraria², se explican en función de las coyunturas favorables o adversas de la economía insular. Como es bien sabido la agricultura, junto con la ganadería y pesca, eran entonces las principales bases materiales que sustentaron durante mucho tiempo la mayor parte de la actividad productiva y la supervivencia de los isleños hasta el momento presente, en que se consolida la industria turística³.

1. En general, las relaciones de habitantes y recuentos poblacionales confeccionados antes del período estadístico (finales del siglo XIX) no tienen, en la mayoría de las ocasiones, más que un valor aproximativo. En el presente trabajo se cuenta con este «handicap».

2. LEBRUN, François: «Les crises démographiques en France aux XVII^e et XVIII^e siècles». *Annales*, págs. 205-234, N.º 2, 35^e Année, Mars-Avril, 1980.

3. Los productos que esta Isla ha ofertado desde un principio fueron los siguientes: orchilla, cal, barrilla, ámbar (según la *Descripción de las Islas Canarias hecha en virtud*

CUADRO N.º I
Recuentos poblacionales de Fuerteventura hasta 1641

Años	Efectivos	Concepto	Estimación en habitantes
1400	200	Pastores	900
1440-1450	1.200	Personas	1.200
1567	280	Vecinos	1.260
1585	219	Vecinos	985
1591	2.000	Personas	2.000
1629	500	Vecinos	2.250
1.641	334	Vecinos	1.503

Fuentes: Véanse las notas. Cuando las cifras contabilizan vecinos se ha aplicado el índice 4,5 recomendado por J. Sánchez Herrero.

CUADRO N.º II
Dinámica interna de la población de Fuerteventura entre 1676 y 1688

Años	Población total	Individuos/familia	Natalidad	Mortal.	Saldo Veg.
1676	3.314	4,85	36,21	26,07	10,14
1678	3.579	4,58	46,38	24,30	22,08
1679	4.064	4,55	35,67	27,31	8,36
1680	3.889	4,45	32,14	30,34	1,80
1681	3.895	4,35	35,43	53,40	-17,97
1682	3.504	4,10	57,64	25,68	31,96
1683	4.064	4,55	35,67	27,31	8,36
1684	2.123	4,34	19,78	28,26	-8,48
1686	3.223	4,49	31,64	26,68	4,96
1687	3.498	4,41	38,59	20,86	17,73
1688	3.912	4,23	36,29	18,66	17,63

Fuente: J. Sánchez Herrero: *La población de las Islas Canarias en la segunda mitad del siglo XVII (1676-1688)*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 21 Madrid-Las Palmas, 1975, pp. 237-417. Elaboración propia.

Esta débil apoyatura económica, conviene subrayarlo, se fractura a la menor dificultad. Su vulnerabilidad y precariedad residen en las propias condiciones naturales de la geografía isleña (largos períodos secos, temporales, erosión de suelo, plagas de todo tipo,...) así como en su disposición marginal en el entramado sociopolítico del Archipiélago. Tanto repercuten los expresados condicionamientos en aquel espacio que necesariamente han tenido que determinar el que los majoreros hayan existido siempre al límite de la subsistencia, cuando no bajo el signo multiseccular de la fatalidad o adversidad estructural, como intentaremos demostrar en el presente ensayo.

2.— POBLACIÓN Y POBLAMIENTO HASTA EL SIGLO XVI

Sin entrar en detalles, una de las primeras apreciaciones que conocemos sobre el poblamiento de Fuerteventura nos la proporciona Niccoloso da Recco en el año 1341. Este conocido viajero afirma que Erbania fue «La primera que han descubierto, tenía 140 millas de circunferencia; toda ella era una masa de piedra, inculta, pero abundante en cabras y otros animales, y muy poblada de hombres y mujeres...⁴. Quizás lo de muy poblada nos parezca hoy una afirmación un tanto exagerada y discutible. Todo depende, claro está, del punto de referencia que eligiera el mencionado Recco.

Una vez pacificada la isla —cosa que suponemos debió ser relativamente fácil precisamente por el escaso número de habitantes— y se impone una nueva administración, se empezaron a registrar documentalmente los eventos más notorios que nos hablan ya de crisis recurrentes a causa de las sequías, hambrunas generalizadas por la escasez y las malas cosechas, brotes epidémicos de todo tipo, migraciones más o menos masivas, así como de otros muchos infortunios insuperables: temibles ataques piráticos siempre acompañados de saqueos, raptos y devastaciones. Sobre esto último nos dice Luis Alberto Anaya en su trabajo titulado «Nuevas aportaciones a la historia de la piratería norteafricana en las Canarias orientales», que la cercanía a las costas del vecino continente, las numerosas caletas y fondeaderos, unido al ex-

del mandato de S. M. por un tío del Licenciado Valcárcel por E. Dorta, *Revista de Historia*, 1943) y esclavos. George Glas dice en su *Descripción de las Islas Canarias* que Lanzarote y Fuerteventura eran el granero de Tenerife y La Palma.

4. HERNANDEZ-RUBIO CISNEROS, J.M.: *Fuerteventura en la naturaleza y la historia de Canarias*. Tomo I, Cabildo Insular de Fuerteventura, 1983, págs. 595-596.

tenso perímetro del litoral hacían imposible articular un sistema defensivo eficaz.

Otro factor que siempre incidió y muy negativamente en el poblamiento de Fuerteventura fue el dominio señorial que, entre otros tantos abusos de poder, imponía a los isleños un agobiante sistema fiscal superior en casi un veinte por ciento al habitual en las islas de realengo.

Infortunios de características como las descritas constituían motivo más que suficiente como para justificar sobradamente el que el pueblo mayorero se ausentase de la isla cuando hacían su aparición las azarasas anualidades. Las salidas hacia otras islas —a veces al ser forzados a enrolarse en la conquista de Tenerife y Gran Canaria o en las milicias señoriales que iban de cabalgada hacia Berbería—, con carácter temporal o definitivo, tuvieron rango de constante histórica. Apoyando lo dicho, los trabajos de Roldán Verdejo nos hablan insistentemente de todo ello, especialmente el titulado *El hambre en Fuerteventura* (Santa Cruz de Tenerife, 1968).

A comienzos del siglo XV la situación había continuado sin cambios sustanciales. «La población de la Isla —señala V. Martínez Encinas⁴ bis.— era sumamente reducida. Unos 200 pastores con sus cabras...». Afirma, además, el mencionado autor que salvo la Villa de Betancuria la isla estaba prácticamente deshabitada. El primer recuento poblacional del que tenemos noticias indica que entre 1440 y 1450⁵ Fuerteventura tendría algo así como 1.200 personas, concentradas básicamente en la comarca de La Villa capitalina y en sus inmediaciones. De ser esto cierto, seguiríamos como antes contando con un poblamiento escaso, toda vez que no alcanza aun al habitante por kilómetro cuadrado. Lo que indicaría, por otra parte, que al desmantelamiento de la sociedad aborígen no se agregó un poblamiento posterior que acrecentara mínimamente los recursos humanos preexistentes. Por lo que se puede apreciar, la invasión de normandos y gascones, así como la llegada más tarde de andaluces, extremeños y portugueses poco o nada aportó al volumen de población que ya tenía la Isla con anterioridad del cambio de administración.

De la actividad de estos primeros pobladores se conocen pocas no-

4. (bis) MARTINEZ ENCINAS, V.: *La endogamia en Fuerteventura*. Excma. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural, 1980, pág. 112.

5. VICENTE MARTINEZ ENCINAS: «El lulismo en Fuerteventura». *LA PROVINCIA* (13-V-1979). Del mismo autor: *La endogamia...*, págs. 112-113. LUIS A. ANAYA HERNANDEZ: «Nuevas aportaciones a la historia de la piratería norteafricana en las Canarias orientales». *Primeras Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote*. Puerto Cabras, 24 al 29 de octubre de 1984.

ticias. Lo único que se sabe de ellos son los frecuentes pleitos que dirimen entre sí y, sobre todo, las comparecencias ante los escribanos de Las Palmas para realizar operaciones de compraventa u otorgamiento de poderes y testamentos. Ya en 1521 vemos como algunos majorereros se presentan a la escribanía de Alonso Gutiérrez⁶ con el fin de comprar o vender ganado, bestias de carga, tierras y casas radicadas en Fuerteventura. De entre todos sobresale el activo Juan Lorenzo, propietario de ganado «de su marca y hierro», el cual tenía ubicado en el lugar conocido por Fuente de la Torre.

Después de un largo período de más de cien años sin que se hicieran recuentos poblacionales (que nosotros sepamos) aparecen dos relaciones verdaderamente importantes. La primera es una relación general auspiciada por el Santo Oficio en el año 1567⁷. En ella se elevaba el vecindario a la cantidad de 280 núcleos familiares. Casi dos décadas después, o sea, en 1585⁸, contamos con una interesante «Relación de vecindario por los obispos de la Corona de Castilla», que rebaja en unos 61 la cifra estimada anteriormente, para dejarla en tan solo unos 219 vecinos. Por lo tanto, suponiendo que cada vecino equivaliese a 4,5 personas —índice que por otra parte parece razonable para la época en cuestión⁹—, se puede inferir que a finales del dieciséis Fuerteventura no tendría más que un millar escaso de habitantes, en términos aproximados. Con lo que constatamos un avance ciertamente exigüo.

Pero, sin embargo, esa magnitud subvalora un tanto la dimensión real del pueblo majorero. Hecho este sobre el que no parece existir la menor sombra de duda y que, además, se puede demostrar examinando otras aportaciones; por ejemplo, la «Descripción de las Islas Canarias hecha en virtud del mandato de S. M. por un tío de Licenciado Válcárcel» señala literalmente que «... tiene la ysla vn lugar bueno que entre él y las demás población de la ysla contaría con unos 1800 vezinos...»

Si aceptamos esta última valoración resultaría una cifra muy superior al millar. Para ser exactos, unos 1800 isleños en total. Volumen

6. LOBO CABRERA, M.: *Protocolos de Alonso Gutiérrez (1520-1521)*, Instituto de Estudios Canarios-Aula de Cultura de Tenerife. 1979.

7. «Abecedario de Familiares, comisarios y ministros del Santo Oficio, 1605». XXXIII-14 *Museo Canario*. Refiriéndose a Fuerteventura dice literalmente que «Santa María de Betancuria 280 vs.».

8. «Relación de vecindario por los obispos de la Corona de Castilla». Archivo General de Simancas. Sección del Patronato Eclesiástico. Legajo 136. Cf. *El Museo Canario*, Las Palmas, N.º 8, 1936, págs. 99-100.

9. SANCHEZ HERRERO, J.: «La población de las Islas Canarias en la segunda mitad del siglo XVII (1676-1688)». *Anuario de Estudios Atlánticos*, N.º 21, Madrid-Las Palmas, 1975. pp. 237-417.

este último que se acerca un poco a la estipulada por Torriani¹⁰ lo que supone ya demasiada coincidencia. En efecto, el célebre fortificador del litoral canario, en su visita a la Isla en 1591, observó que ésta estaba casi deshabitada, con la salvedad de Betancuria que disponía de unas 150 casas. Eso le llevó a formular su ya conocida teoría de la indefensión de las costas, ya que consideraba que con tan escasa población («no hay más de 2.000 almas») los hombres disponibles para la protección de la Isla eran manifiestamente insuficientes, puesto que no llegaban a 300.

Como puede apreciarse —y aun admitiendo la dudosa fiabilidad de algunos recuentos— hasta el siglo diecisiete el crecimiento demográfico es en buena medida inapreciable. Hecho que nos remite a lo que ya se señaló al principio: *la lentitud como rasgo más pertinaz en la dinámica demográfica de Fuerteventura en esta época.*

Y es que en este largo período de tiempo los acontecimientos adversos fueron constantes y de tamaño calibre como para justificar una arritmia casi permanente en el proceso poblacional. Así, entre 1497 y 1507, los Acuerdos del Cabildo de Tenerife narran las epidemias de pestilencia, de modorra y también de «muerte negra», como agentes que abatieron a las Canarias orientales¹¹.

Tampoco podía faltar la presencia de los corsarios en estas aguas, atemorizando a los isleños y obligándoles a residir en el interior de Fuerteventura, lejos de la mirada de tan temibles visitantes. En una comparecencia que hicieron el ocho de octubre de 1552 los hermanos Blas González y Francisco Méndez, naturales de la localidad portuguesa de Lagos, ante el escribano de Las Palmas para vender el navío «La Consebsión», dijeron que los aparejos y anclas estaban en Fuerteventura. Estos instrumentos pertenecían al expresado navío pero fueron retirados del mismo al ser abordado por corsarios franceses (LOBO, M.: *Indices y extractos de los protocolos de Hernán González y de Luis Fernández Rasco, escribanos de Las Palmas*, Las Palmas, 1982).

En 1554, una epidemia se introdujo en la isla provocando una gran mortandad entre los majoreros¹². De otra parte, se sabe que en 1593

10. TORRIANI, Leonardo: *Descripción e Historia del reino de las islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1969. págs. 84-86.

11. HERNANDEZ-RUBIO CISNEROS, J. M.: *Op. Cit.* pág. 546. Sobre la modorra puede verse un reciente e interesante artículo de Carlos Bosch Millares titulado «La modorra anticipó la conquista de Canarias» en el *Suplemento Dominical-La Provincia* (10-IV-1983).

12. VIERA Y CLAVIJO, J.: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Ed. Goya. Santa Cruz de Tenerife, 1971. T. 1º, pág. 808.

una de las tantas sequías que asolaron a la isla entera originó una hambruna espantosa a consecuencia de la cual falleció mucha gente y otras tantas tuvieron que abandonar Fuerteventura¹³. Pero como casi siempre las desgracias vienen acompañadas, en este mismo año desembarcó el pirata norteafricano Xabán Arraez¹⁴, causando el pánico entre la población y llevándose al cautiverio a numerosos majoreros.

La carencia de lluvias durante prolongados períodos y sus secuelas nocivas en la escasez de alimentos para la población y el ganado se intentó mitigar con la fundación de un pósito que, en adelante, previniese las necesidades más perentorias¹⁵. No creemos, sin embargo, que con esta acertada medida se conjurasen las adversidades, puesto que las crisis de subsistencia se seguirán reproduciendo, como se verá más adelante en numerosas ocasiones. Y con ésto llegamos al siglo XVII.

3.— CRECIMIENTO PERO CON FRECUENTES SOBRESALTOS DURANTE EL XVII

Durante el diecisiete nuestra Isla va a conocer un aumento de su población hasta el punto de duplicar sus efectivos humanos. Esto último tiene, lógicamente, cierta relevancia por cuanto que no tenemos constancia de que hubiesen remitido o al menos atenuado el alcance de los tradicionales obstáculos al crecimiento. Todo lo contrario. Persisten con igual o peor intensidad de forma similar a cómo asolaron en la centuria precedente.

Las referencias al volumen demográfico siguen siendo también escuetas y, en muchos casos, hasta contradictorias; dejando importantes claros que pueden abarcar intervalos de tiempo amplios de hasta varias décadas. Veamos a continuación algunas de las más significativas.

En primer lugar contamos con el testimonio del inquisidor Santalix que en 1624 da cuenta de su visita a Lanzarote y Fuerteventura a la Suprema. En síntesis viene a decir que dichas islas «eran muy pobres y despobladas, abiertas donde de ordinario andan moros y otros corsa-

13. MARTINEZ ENCINAS, V.: «Fuerteventura 1590-1599. Un pueblo en crisis o el principio de la agonía señorial». *La provincia*.

14. RUMEU DE ARMAS, A.: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. C.S.I.C. Madrid, 1947-1950.

15. Bendijo este establecimiento el entonces vicario de la Isla Don Ginés Cabrera Bencor.

16. En la citada obra de Luis Alberto Anaya se incluye una interesante declaración que hace el excautivo malagueño Juan Andrés a los oidores de la Audiencia acerca de que

rios»¹⁶. No parece muy veraz la visión dada por el funcionario del Santo Oficio. O, cuanto menos, se contradice manifiestamente con la información más seria recabada solo cinco años después. En efecto, la primera relación fiable en términos aproximativos nos la proporciona en 1629 las Constituciones Sinodales del obispo Cámara y Murga. En ellas se asegura que «toda la Isla tendrá como 500 vecinos divididos en muchas caserías; solo la Villa tendrá como 100...». Por lo tanto, si damos crédito a esta estimación resulta que la población total sobrepasaría confortablemente los dos millares de almas, en tanto que solamente la villa-capital, Betancuria, rondaría los 500 parroquianos.

Sin embargo, doce años después, concretamente en 1641, el Cabildo mayorero¹⁷ recorta la cifra aportada por el obispo de Canarias dejándola en solo 334 vecinos. Es decir, en unos 1.500 habitantes aproximadamente.

Ahora bien, un altibajo como el descrito, además de poner en evidencia las posibles inexactitudes propias de la época, puede ser considerado hasta como normal habida cuenta la incidencia de las adversidades que, una y otra vez, golpearon a la Isla reduciendo subitamente su volumen poblacional.

No obstante, pronto volvió la población a recuperarse del percance toda vez que el Cabildo asegura que, entre los años 1668 y 1669 «la vecindad de la Isla solo será de 500 vecinos pobres». Apréciase que esta vez se ofrece una cantidad igual a la que en años anteriores dieran las Sinodales¹⁸, y que, por si fuera poco, coincide con un período de crisis alimentaria.

Después de estas noticias entramos en uno de los numerosos paréntesis de oscuridad en que escasea toda alusión acerca de la población.

Ya en las postrimerías de la centuria, exactamente entre 1676 y 1688, contamos con la valiosa información suministrada por el «documento base»¹⁹, con el cual se puede conocer a grandes rasgos los recursos humanos con que disponía Fuerteventura a finales del diecisiete. Durante estos años, nos encontramos con cantidades máximas del orden de cuatro mil habitantes —precisamente en las anualidades de 1679 y 1683— y mínimas como la 1648, con solo 2.123 individuos.

los piratas norteafricanos consideraban a Lanzarote y Fuerteventura como «Yslas de poca fuerza y sin piezas».

17. ROLDAN VERDEJO, R.: *Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura*, T. Iº pág. 256.

18. *Idem*, act. 94. T. II.

19. SANCHEZ HERRERO, J.: *Op. Cit.*

Estas oscilaciones —a veces bruscas— restan algo de credibilidad a las cifras del citado «documento base». Ciertamente es que la dureza de los acontecimientos adversos explican en parte los desniveles que se dibujan en el Cuadro 2.

En esta centuria las plagas asolaron con frecuencia a Fuerteventura con la virulencia de los períodos anteriores. Plagas de langosta africana, de extraordinaria voracidad, que sobrevinieron en los años 1623, 1626, 1659, 1669 y 1691, arrasaban todo cuanto verde existía en la sedienta Isla. Los ratones y cuervos llegaron a reproducirse en cantidades ingentes hasta constituir verdaderos azotes para la agricultura y el ganado, en especial durante 1608, 1616, 1624 y 1627²⁰.

Así mismo, *la alhorra*²¹ destruyó las cosechas de trigo, cebada y también las lentejas, en 1643 y 1666. Dentro de estos contratiempos se inscriben también los efectos devastadores de las calimas, el tórrido levante, temporales y hasta se menciona en alguna ocasión los negativos efectos del llamado ganado «guanil».

Con este panorama desesperanzador no resulta forzado intuir la profusión de situaciones plagadas de crisis carenciales, en donde por faltar no se disponía siquiera de semillas para sembrar. Es por ello que se conocen en esta época varias coyunturas críticas, pero ninguna tan calamitosa por sus trágicas consecuencias como las que sobrevinieron durante 1647 a 1652 y desde 1682 a 1685.

La primera crisis se extendió durante un quinquenio aproximadamente y sus efectos fueron aterradores. Se asegura que la miseria ante la falta de alimentos de primera necesidad alcanzó el grado de catastrófica, diezmando sin paliativos a la población²².

Más este siniestro episodio no adquirió con mucho sino la categoría de ensayo general respecto a la «gran crisis» del siglo XVII. Efectivamente, después del bienio bonancible de 1679 a 1681, de magníficas cosechas, se abrió paso el quinquenio más dramático de la centuria. Las cosechas de 1682 a 1685²³ fueron realmente pésimas, salvo la correspondiente a 1683. Con lo que la escasez provoca situaciones de extrema dureza de las cuales se hace eco el propio Cabildo mayorero en 1684 al estimar que se habían agotado las provisiones y aumentaba la exigencia

20. MARTINEZ ENCINAS. V.: *La endogamia...* págs. 29-36.

21. La «alhorra» era una plaga que atacaba a las mieses pudriéndose antes de que madurasen.

22. ROLDAN VERDEJO. R.: *Acuerdos...* T. I, act. 478. Se dice allí que fallecieron muchas personas de hambre por haberse consumido el grano guardado. Es más, no existía ni hierba que poder ingerir.

23. *Idem*, T. II, act. 201.

de alimentos. Por lo cual muchos isleños ya se habían desplazado a Gran Canaria a buscar trigo para consumir y sembrar. Una muestra²⁴ que refleja lo extraordinario del momento vivido por el pueblo majorero es que para que no se muriesen de hambre en la travesía se les daba medio celemín de gofio.

Pero no queda ahí la cuestión. La situación se agrava tal como se infiere de la lectura del acta cabildicia²⁵ que dice: «Vista la necesidad existente... y andando por la Villa mucha gente pobre, que de seguir así perecerá, acordaron que el barco... haga viaje a Canaria a llevar gente y vuelva a llevar la que quedase».

Como puede apreciarse, la evacuación de la Isla se efectuó de la forma prevista por el Cabildo majorero. Sin embargo, el peligro de des poblamiento total de Fuerteventura alarmó al Alcalde Mayor que, cuando no quedaban más que unos 130 vecinos y solo unos 150 hombres en las milicias, cerró inmediatamente los puertos²⁶ para evitar la indefensión total de la Isla.

Pero ni con la evacuación se logró evitar del todo las adversidades. De los 600 isleños que embarcaron rumbo a Gran Canaria, una cantidad apreciable de ellos fallecieron de inanición en los puertos. Sobre esta cuestión contamos con un testimonio, expresión escalofriante, que recoge la presencia de los majoreros en la capital grancanaria: «... por las calles de Las Palmas pululaban flacos y desvalidos». Para colmo de males, los pocos que consiguieron sobrevivir a tantos infortunios encontraron inesperadamente otro al regresar a su Isla; el barco en que hacían la travesía naufragó en jandía pereciendo ahogados en el mar unas 140 personas.

4.— MOVIMIENTO NATURAL Y POBLAMIENTO DE FUERTEVENTURA A FINES DEL DIECISIETE

El movimiento natural de finales del siglo XVII se distingue por unas tasas de natalidad elevadas que, en ocasiones, bordearon el límite mismo de la fecundidad fisiológica. La media de la natalidad alcanzó la cifra de 36,85 por mil, lo que en buena medida se corresponde con una época sin control de los nacimientos e, incluso, con actitudes abierta-

24. *Ibidem*, T. II, act. 194.

25. *Acuerdos...*, act. 185-201.

26. *Acuerdos...*, act. 194.

mente pronatalistas. Es decir, en un primer período de poblamiento y de asentamiento de colonos, la exhaltación de la reproducción se hace imprescindible para a su vez incrementar los nuevos vientres fecundadores y garantizar así fuerza de trabajo en abundancia.

No debemos olvidar tampoco que la actitud propoblacionista trata de conseguir al propio tiempo enfrentarse a otro problema grave y característico de toda sociedad premoderna: la fuerte mortalidad, y sobre todo, la infantil.

Eso es lo que explica la presencia de anualidades excepcionales que llegan a superar la cifra media del período bajo examen, como aconteció en 1678, 1687 y, fundamentalmente, en 1682 en que el índice ascendió a 57,64 por mil. Quizás, en este último ejemplo se trate en verdad de posibles anomalías registrales en los libros bautismales. De no ser así se nos hace incomprensible constatar una natalidad tan exageradamente gruesa en un año en que, precisamente, se produjo con toda probabilidad la mayor crisis carencial de todo el siglo diecisiete en Fuerteventura²⁷.

La mortalidad en estos años es también notable pero en términos relativos. La cifra media estimada por nosotros se coloca en 28,07 por mil. Ahora bien, los años que desbordan el promedio descrito podemos considerarlos como especialmente calamitosos a consecuencia de la escasez de alimentos ante las malas cosechas, sin que por ello descartemos la posibilidad de brotes epidémicos locales. No se debe caer en la tentación de pasar por alto que en los períodos premédicos —en ausencia de controles sanitarios medioambientales— los agentes exógenos superan ampliamente a los endógenos en la estructura de las causas de los fallecimientos.

Con los datos disponibles se puede colegir que las anualidades más duras para la población majorera debieron ser los de 1680 y 1684, con valores del orden de 30,34 y 28,26 por mil, respectivamente. Pero el año catastrófico por excelencia es, sin duda alguna el de 1681, por cuanto que en el transcurso del cual fueron a la sepultura nada menos que 53 de cada mil isleños. La muerte en una sociedad cerrada como la de referencia y con una fuerte incidencia tiene necesariamente un excesivo protagonismo.

La esperanza de vida al nacer, como resultado de unas tasas de defunción, sobre todo de niños y párvulos, bastante elevadas, es ciertamente encogida, tal como se refleja en el cuadro número 3.

27. MARTINEZ ENCANS, V.: *Op. Cit.* págs. 36-37.

Cuadro N.º 3

Estructura de edades de la población de Fuerteventura (1686 y 1688)

Edades	1686	1688
Hasta 14 años	38,29	44,67
De 15 a 55 años	51,49	50,17
De más de 55 años	8,12	5,14

Fuente: «Documento base». Elaboración propia.

Entre 1686 y 1688, tan solamente el 8,12 y el 5,14 por ciento de la población total conseguía superar el fatídico umbral de los 55 años.

Por consiguiente podemos concluir este aspecto señalando que la alta mortalidad mayorera en este período es responsable, a la vez, de que la duración media de la vida sea sumamente corta. Pero, aun más, la elevadísima incidencia de la mortalidad en niños recién nacidos y en párvulos provocaría lógicamente una reducción de los núcleos familiares cuya media no consigue aproximarse a la cifra de cinco componentes por cada hogar.

El saldo vegetativo registra los mismos dientes de sierra que dibujan tanto la natalidad como la mortalidad. La única novedad reside en que el saldo vegetativo medio es bastante bajo con solo un 8,77 nuevos mayoreros por cada millar de habitantes. Ello se debe a que existen anualidades tan críticas en que el balance entre bautizados y difuntos es netamente favorable a estos últimos arrojando déficits de menos 8,48 y de hasta 17,97 por mil, para los años 1684 y 1681, respectivamente.

También se aprecian saldos que, sin ser del todo negativos, son no obstante manifiestamente menguados (como se aprecia en 1680 y 1686), aspecto este último que no suele ser habitual.

Cabe suponer a la vista de todo lo expuesto que la fuerte mortalidad y, en especial, la que se produce en los años catastróficos, juega un papel decisivo como contrapeso de las ganancias que se producen a causa de la también alta natalidad. Lo que explica el por qué la lentitud del crecimiento demográfico de nuestra Isla.

Con los recuentos consultados por nosotros cabe conjeturar que Fuerteventura jamás contó con un poblamiento continuo e importante. Al contrario, nunca parece que sobrepasase los 2,5 —3 habitantes por kilómetro cuadrado, incluso admitiendo que esta estimación es algo exagerada. Ello nos remite a una economía de corte tradicional basada en la explotación agrícola en «oasis» y la práctica de la ganadería extensiva.

Los majoreros de fines del diecisiete contaban con unas 892 casas habitadas²⁸, concentradas sustancialmente en Betancuria y Antigua, en el centro mismo de la Isla. Más al norte se encontraba el caserío de La Oliva.

Estos tres enclaves fueron los primeros asentamientos en donde se constituyeron históricamente las bases de la ocupación moderna de Fuerteventura. A ellos debe añadirse Pájara que, siendo un modesto caserío al término del siglo XV, con posterioridad, se va expandiendo hasta convertirse en un pueblo relativamente importante de la comarca sur. Tuineje, en la zona media sur de la Isla, era en 1590 todavía un pueblecito que con el tiempo devendría en un núcleo importante y próspero.

28. SANCHEZ HERRERO, J.: *Op. Cit.*